



MERCADO DE ABASTOS DIVINA PASTORA. MARBELLA

## El asesinato

MATÍAS HIERRO SANZ

Todos callados y en silencio. Eran las dos de la madrugada de un jueves triste, frío, lleno de niebla y con la amenaza de precipitaciones, pero eso es lo que decía el hombre del tiempo por la tarde, que para algunos quiere decir poco y para otros mucho. Deslizándose por el callejón, al lado del Mercado de Abastos Divina Pastora, se encontraba una persona, de gabán alto, con boina y de mirada perdida, como si estuviera esperando a alguien y solo, sin hacer ruido, que es muy tarde y los vecinos se ponen caprichosos. Guantes negros y con barba, pinta de fuera y no de Marbella, por lo que es de suponer que es extranjero. Lo veo desde mi ventana, que se repite la historia del día anterior y no puedo conciliar el sueño. Es la tercera vez que me ocurre en mi vida, me levanto sin fuerzas, sé que no he podido descansar bien y lo pago con la mañana que me atizo y encima estoy mirando a una persona que no conozco, de la cual no sé nada y todavía me pregunto qué es lo que estoy haciendo en esa ventana, pero ahora que caigo, recuerdo que es la segunda noche, no, la tercera, que le veo en ese lugar, casi con la misma ropa y como si estuviera esperando algo, o alguien, o qué sé yo, que me lo pone difícil.

Del salón pasó a la cocina y me voy a la nevera a ponerme un vaso de leche y vuelvo al lugar donde estaba, aunque me siento para ver más detenidamente a ese individuo, que acecha algo y se va moviendo en círculos.

Saca un cigarro y se lo fuma, poco a poco; denoto que está nervioso y va en círculos, pero la farola me permite saber algunas cosas, que es alto, fuerte y lleva calzado negro, oscuro, pero no de marca, al menos a primera vista. De ésta he ido bien sobrado, de siempre, que algunas cosas la vida te las da y no te las quita hasta el final. Miro el reloj y son las tres de la mañana, pero él no se va, se queda

quieto y tengo un sueño horrible, por lo que me paso al dormitorio y dejo al extranjero con su cigarro, su cara de pocos amigos y sus esperas, que son largas y las viste de misterio. En la cama consigo concentrarme y empiezo a soñar con algo de la juventud, la historia del primer coche que compro y dispongo, y los primeros viajes al lado de mi mujer, las maletas y mi hijo, y mira que ha pasado tiempo de ello, que ya soy mayor, y desde que mi esposa desapareció, me quedé en la ciudad de Marbella con los cambios y la llegada del capital extranjero. ¡Cómo ha cambiado España!, analizo entre sueños y observo el paso de los años y del tiempo, que, perdido o no, siempre es de naturaleza discutible.

Son las ocho y media, y toca despertarse. Quito las sábanas y vuelvo a la cocina a preparar un café, pero antes miro por la ventana y veo que el hombre no está. Suena el teléfono y lo cojo. Es mi hijo, que me llama desde Madrid para saber de mí y del tiempo.

—¿Cómo lo llevas, padre? —pregunta de forma seria, melancólica, extraña y ausente, que es muy dado a este tipo de ejercicios en los últimos meses. Su mujer falleció en un accidente de tráfico y, desde entonces, se ha visto refugiado en sus cosas, trabajo, nueva vida en el apartamento que se ha comprado en el barrio de San-



chinarro, y no suelta prenda, aunque consigo que me diga algo cuando hablo de su hijo, del nieto, que tiene cuatro años y está dando saltos de alegría en el colegio, de complexión fuerte para su edad y de aprendizaje rápido con los idiomas. Me llama pronto..., y no he tomado el café. La respuesta tiene que ser sencilla.

—Estoy en ello, la verdad. Ya te he comentado —de forma despreocupada se lo digo— los problemas que he tenido con el sueño en estos días —dejo que asimile la frase y quito el filtro utilizado para poner uno nuevo en la cafetera y después, con mucho cuidado, coloco el café y lleno la pequeña jarra de agua. Acto seguido, con el teléfono en la mano derecha, dejo que suene, que mi viejo vicio del café de menos cuarto surja efecto y se vaya haciendo en silencio, con gusto y reflejo de un hábito que se inició cuando mi esposa y yo nos mudamos a Marbella, que era lo que

deseaba en esos días, cuando me instalé en Radio Nacional de España y me dieron la plaza fija en la emisora, en el programa de las tardes. ¡Qué lejos quedaba Madrid y sus entresijos!

—Oye, mira, estoy viendo casas allí para el verano. Sé que es extraño que te lo diga por teléfono a estas horas, pero creo que me iré a pasar unos días de descanso en el mes de julio y quiero presentarte a Marta, que es la persona con la que estoy viviendo en la nueva casa —desconocía la noticia y me pilla fuera de juego. Algo de tristeza en el semblante y el olvido de Laura, chica que contaba con todos mis votos, son dos sensaciones, dos que evitan expresar el sentimiento de melancolía del pasado, porque el tiempo pasa y lo sufro.

—Vaya, no tenía ni idea. No te preocupes, que si me entero de algo, te llamo y lo mando por fax o Internet, aunque sabes que os podéis instalar en casa, que, aunque pequeña, tiene dos dormitorios más —se lo digo despacio, pausando las palabras, en tono coloquial y conociendo el final de la frase, su pensamiento, porque le he tenido entre mis brazos y me imagino lo que dice, su análisis y la no precipitación, que gusta de ser prudente.

No te preocupes, ya sabes, lo que sea y pasaremos unos días de vacaciones, que necesito pensar en mis cosas —se despide de forma educada y oigo cuando cuelga, al otro lado de la línea, y sigo pensando en las tareas del día con el café entre los labios, suave y estimulante.



Salgo a la calle y voy de camino hacia la emisora de radio, descansando en el lento caminar y arrastrando los pies, pero a la vez pensando en las últimas noches, en la mujer perdida, en el hijo que cambia de vida y se va por otro sendero; el de la felicidad, espero. Luna, la secretaria, me saluda de forma amable y siempre con el mismo gesto, con esa voz dulce que entona y explica que Ramiro, uno de los redactores, se encuentra enfermo, quizás gripe, quizás un leve constipado, aunque últimamente, que llevo pensando en ello, la cosa se repite. Se dice de Ramiro que es un periodista extraño, que una cosa es la profesión que tiene en la radio y otra son los negocios fuera. La verdad es que no me importa, que con lo que ganamos, y de 9 a 3, no vamos bien, honestamente.

Cuando entro en mi despacho, Lucio, otro de los locutores, está sen-

tado en una silla y le veo quejándose de los medios que tenemos, que hay que hablar con el gestor y esas cosas que se dicen y que a uno le vuelven loco todos los días del año. Soy el responsable de contenidos, la persona de confianza que por cargo controla todo lo que pasa dentro de la emisora y el profesional de referencia al que todo el mundo le viene con sus cosas, sean buenas o malas, pero es así y no te puedes escapar. Es como cuando el compromiso familiar te escoge, llama, acude a ti y uno de los lados de la vida se apaga en detrimento de otra, por lo que moldeas tu forma de ser y te adaptas, no tienes escapatoria.

Lucio, de chaqueta y corbata, es de lo mejor en antena, redactando y presentando, pero es un idiota y habla de temas que no son suyos. Hay que estar atento por dónde va y sus deseos, que los emite de forma comedida, son siempre de ascenso y criticar a algo o alguien.

—Javier, tengo varias cosas que decirte y creo que te pueden interesar. El otro día en Marbella, en la zona centro, hubo un asesinato y coincide con otro, según me han comentado, que se llevó a cabo hace quince días. Es decir, que las dos víctimas eran empresarios del País Vasco que residen de forma fija en el municipio — Se me quedó mirando para ver cómo iba a reaccionar, con la mirada fija y dudosa de mi comportamiento.

—Bueno, esas cosas son sucesos como sabes y tenemos que emitir las noticias en su espacio correspondiente. La verdad, no sé, ¿qué te preocupa? ¿Ves alguna relación directa entre las dos muertes por ser del País Vasco? ¿Has hablado con tus contactos en la policía? ¿A dónde quieres ir a parar? —sentado, las cosas se ven de otra manera. La agenda estaba abierta y estaba consultando las citas del día mientras le preguntaba a Lucio por algo que me sonaba extraño, lejano y que no tenía ninguna importancia.

—No puedo decir nada todavía, pero sí tienen dos sospechosos que vienen de Bulgaria y ambos casos están relacionados de forma directa, ya que los asesinados tenían negocios de pesca en Andalucía y Marruecos. Ya sabes que en los mercados de abastos, el Central y el de Divina Pastora, son los que agrupan al sector pesquero, donde las asociaciones y cofradías tienen sus contactos y, además, gestionan los pedidos de muchos lugares de España. Yo no soy la policía, pero quiero investigar. Es muy raro que en quince días hayan desaparecido dos empresarios, que son residentes y cuentan con empresas de índole similar. La gente está intranquila —aparte de eso, me contó algo relacionado con las noticias deportivas de la región y el resultado del Málaga, que había ganado al Barcelona por 2-1 en el último encuentro de liga. Sinceramente, no me interesaba y le di largas.



—Perfecto, investiga y si cuentas con algo de peso, lo haces llegar por mail o vienes directamente a la redacción. Recuerda que los asuntos de hoy se derivan de la agenda del alcalde y la inauguración de la última exposición de fotografía en la Plaza de los Naranjos, por lo que vuela para donde está la noticia y de lo demás hablamos después. Gracias y al trabajo.

Se despidió y supe que no le hacía gracia la situación en la que estaba metido, mi posición, los contenidos que tenía que repartir y las escasas novedades de un municipio que es



la crema en verano para los turistas, las personas pudientes, pero que a lo largo del año es un sitio seco, donde el sector inmobiliario trabaja a destajo y los ingleses y alemanes se asientan por medio de la compra de una casa a través de los anuncios que ven en los periódicos de sus respectivos países.

Respecto a los sucesos que había, se resumían de la siguiente manera: peleas entre turistas que no saben beber, inauguraciones de locales, ferias y espectáculos de arte, la visita de los consejeros de la Junta de Andalucía y poco más. Así era, la rutina dichosa, toda la temporada y lo mejor, que lo sabíamos, giraba en asumir las cosas como eran, aunque bien es cierto que la noticia de dos asesinatos relacionados con los negocios de la pesca, del País Vasco y el miedo o temor de la población hacia las mafias del Este formaban parte de una historia que podía hacer daño y dar juego en los informativos de las emisoras locales, en los periódicos y televisiones, que Canal Sur también estaba y necesitaba contenidos; no todo es la vida de un alcalde y las personas que forman parte del Gobierno, o bien los problemas entre las ciudades de Sevilla y Málaga por el reparto del presupuesto autonómico. Sí, había que escuchar a Lucio, que a pesar de su antipatía en algunas cuestiones, cumplía como el que más en el día a día y los contactos eran su fuerte, tanto en la policía y organismos oficiales, y en la calle, a pie de la misma.

Me levanté de la mesa y saludé a las otras personas de la redacción, observé el directo desde la pecera y firmé los papeles requeridos desde Madrid con motivo del aprovisionamiento de material y ejecución del presupuesto, a pesar de que Mario, el gestor y director financiero, estaba con el café de las 12, y tuve que esperar unos veinte minutos.

Bulgaria...; nunca había estado y Sofía, su capital, parecía un destino apacible para algunas épocas del año, sobre todo por la cultura y pasado, ciudad de guerras, posesiones, música y colorido, socializada por el Gobierno de la ex Unión Soviética y eje fundamental para algunas de las mafias en el ámbito de los vehículos de lujo, joyas y contrabando de armas. Curiosa historia. Después de comer, anduve hacia el Mercado de Abastos de Divina Pastora y compré algunas cosas, que la nevera estaba vacía y había que congelar pescado y carne para la semana. Mantuve varias entrevistas, entre ellas con el administrador del mismo y algunos responsables de las principales cofradías de pescadores de San Pedro de Alcántara, lugar que me recordó mi tiempo de soltero, las primeras novias y escarceos en el amor, y descubrimiento del sexo con María, la “chica de la taberna”.

Estaban preocupados y el asunto se ponía feo. Los dos asesinados, empresarios, serios, doctos en la materia y queridos, no guardaban relación con el contrabando, estaban limpios en todos los sentidos y sorprendía su desaparición, pero claro, que a la hora de la verdad, vete tú a saber. Dos tiros en la nuca a cada uno, a la salida de sus respectivos domicilios, y con la perspectiva de montar una reunión extraordinaria a partir de las 10 de la noche eran algunas de las consecuencias que se barajaban como protesta a lo sucedido. Se sabía que los vascos formaban un clan extenso, repartidos en las principales ciudades costeras del mediterráneo, y

en parte, no en todos los lugares, en Andalucía. Paco, el de “Asuma”, una de las asociaciones, me conocía desde tiempo atrás y me llevó a un lado del mercado, abrió una puerta y entramos en una sala pequeña, de escasa luz, opaca, cerrada, sin ventanas y con el retrato del rey al fondo. Se sentó, me ofreció un cigarrillo que rechacé y empezó a hablar.

—¿Cómo lo llevas? —estaba intranquilo y se percibía que estaba preocupado por los últimos acontecimientos. Chato de estatura, ancho de espaldas, bigote de meses y pelo cano, que eran los cincuenta los que manejaba, dicharachero y bandolero en su época, cuando Marbella y San Pedro de Alcántara eran dos municipios sin explotar antes de la entrada del turismo de vanguardia, mostraba sus cartas en la mesa: pérdida de dinero e inestabilidad del sector.

Conocía las noticias y de hecho las sacamos. No hablamos nunca de relación en los dos asesinatos. Las fuentes oficiales, entre ellas la policía local y nacional, no quisieron dar detalles, sólo ofrecieron un plano de la situación, de dónde venían, a qué se dedicaban y poco más, ya que el resto es lo que sabe a pie de calle. Estaba atento, tiritando y percibí el miedo en sus ojos. Abrió la mano, como queriendo dar explicaciones y le dejé proceder.

—Mira, ya somos mayores. ¿Qué tienes? ¿Sesenta años? ¿Cuánto te queda para jubilarte? ¿Acaso cuatro años? Aquí tienes la noticia, una de las que has querido dar y que sabes que puede levantar mucha polvareda en todos los sentidos.

—No sé de qué me hablas, no tengo la menor idea.

—¡Escucha! —me miró de forma amenazadora—. Aquí contamos con mucha mierda, y no es todo “pesca”, que lo sabes. Se mueve mucho dinero al día, desde todos los lados, Marruecos, España, Bulgaria y no es pescado, joder. ¡Qué va! Esa es la excusa, lo que la gente quiere oír. Este es el enclave de la prostitución de lujo, donde las “putitas” hacen el agosto y el otoño, el invierno, la primavera, la “Semana Santa” y el todo incluido, y está Marruecos al otro lado, justo a dos horas desde aquí en barco, ¿me sigues? —los rumores de toda la vida se traducían en realidad al escuchar sus palabras, las de un armador chapado a la antigua, nervioso, pringado hasta el fondo con algunos compañeros de viaje y negocios varios. Me lo estaba poniendo en bandeja y, evidentemente, yo era el mediador, negociador, responsable de una emisora de acogida, oficial, donde las noticias van y vienen y cada cual se quiere sacar la fotografía del día y aparecer en los informativos de mañana, tarde y noche.



—Vale, vale, espera un segundo. Vamos a ir por partes, ¿qué es lo que tienes? Dame, por favor, nombres y apellidos y alguna pista y me pongo con ello. Hasta el momento dices lo que ocurre en todo el mundo, ciudades, lo de siempre. ¿Qué es esto? ¿Acaso el cambio de “dueño” del negocio? ¿Una puñetera disputa por el “IPC”? Te voy a ser honesto, llevo muchos años en Marbella y he oído de todo, cosas que ni siquiera te puedes imaginar y te haces mayor, evolucionas, aburguesas y te acomodas..., pero acepto el reto. Lo cojo —Paco largó, me puso al día, explicó lo de la reunión a las 10, las consecuencias de los asesinatos, el malestar, la llegada de los búlgaros, la historia de siempre, de buenos y de malos, por lo que estaba al corriente. Necesitaba un nombre y apellido y

desde ese punto empezar a trabajar en el reportaje, en la noticia y buscar la colaboración de la policía, de Ramírez como jefe de servicio, los barcos, las rutas seguidas y un pacto entre bandas. La labor de “detective” la había desarrollado en Madrid, en la sección de sucesos de varios periódicos nacionales y esto era la bomba soñada, en pleno sur, al lado del llamado turismo de “sol y playa”, que tendría que cambiar su nombre por el de “putas, drogas y pescado caduco”.

Salí de allí y noté que me observaban desde lo lejos. De negro traje, calzado oscuro, 1,80 de estatura, uno en cada esquina, de pinta de no ser de aquí y con los ojos claros, como los míos, de aspecto duro y tez escasamente morena y corte de pelo a lo militar, exagerado y no a la moda.

Saludé a varias personas, desde Jaime hasta Manuel Márquez, otro de los implicados, que de pequeña embarcación pasaban mujeres al norte de Marruecos por unos cuantos billetes. La Unión Europea se lo estaba poniendo difícil a España. El mar ya no era de todos y las nuevas leyes habían hecho mella en las flotas y barcos de puertos humildes, costeros, que buscaban una alternativa en el contrabando, en la consecución del dinero fácil y mantenimiento de la jerarquía, que esto agradaba a las autoridades locales y nacional, que sabían de qué iba el juego en todos los sentidos. Bruselas lanzaba dictámenes a diestro y siniestro y los españoles, en la mayoría de los casos, incumplieron la legalidad en el uso de determinadas redes, de las bombas submarinas, que habían logrado reducir la fauna marítima, la extinción de determinados peces y la búsqueda del género importado de “otras aguas” y países, por lo que el mercado se estaba poniendo tenso, desarraigado y la gente percibía la bajada de la calidad en los productos.

El viejo cuento del uso de mujeres..., ¿A dónde irían o se las llevarían? Salí del mercado y me fui camino a casa. Eran las ocho y el día estaba cundiendo más de lo esperado. Sentado en la mesa y con el teléfono inalámbrico en la mano se abrió el turno de llamadas. Lucio, Ramiro, Ramírez, a mi hijo en Madrid y algunas de las amistades, que la seguridad era lo que preocupaba. Preparando la cena tomaba notas mentalmente de los dos asesinatos, los nombres y apellidos y los distintos negocios que ostentaban, desde plataformas de congelados en el norte hasta algunos asuntos de naturaleza industrial. Nada sucio, pero el aroma de la conspiración flotaba, se dispensaba en el aire y preocupaba. Los búlgaros, algunos grupos, se asentaron hace diez años en Málaga y pasaron como agua de mayo, pero no se marchaban y se localizaban en las urbanizaciones del Puerto, a pleno sol, por lo que no era complicado dar con ellos, saludarles y hacerles una entrevista al lado de su mesa de comida, con la paella, el pescadito y la cerveza de rigor y una mujer de corte eslavo, recién operada y en disposición de pasar un buen rato.

Sí, no todo era de esa manera y hablar siempre por igual resultaba injusto, prohibido, peligroso, como si abrieras una puerta al más allá, ciertamente. La reunión había comenzado. Los armadores, los sindicalistas, los delegados y algunos trabajadores, la carne fácil y los ejecutores, todos, la mayoría en representación de sus “inquietudes”, se habían desplazado al lugar, cercano al mercado, en un gran almacén que servía para las inspecciones de la calidad de los productos y la colocación de las etiquetas en los envases.

Lucio estaba allí, como responsable de lo que quería ser, de su propio protagonismo y farsa en la que se había metido. Claro, de 30 años, su oportunidad se podía ver recompensada y sacar la noticia ideada, preparada, soñada y con las fuentes en disposición de largar todo lo que querías. ¡Menudo día!

Acostado, inquieto, despejado y sin conciliar el sueño, me volví a levantar de la cama. De nuevo, las dos de la madrugada y la parada en el baño para orinar y acudir a la ventana y mirar por ella desde la oscuridad. La misma escena que el día anterior, un tipo al lado de la farola, el mismo corte de pelo, el cigarrillo en la boca y su vista al reloj de muñeca y serio, como los mejores jugadores de balon-





mano de la selección búlgara. No me podía ver y esperé dos minutos más. Decidí vestirme y salir de casa, para ver desde el portal y salir por la puerta del garaje, que me permitía ver sus movimientos desde otro ángulo, un poco menos claro. Lo entendí a la primera. En el almacén, a unos quinientos metros de distancia, seguía la reunión. Era tarde y supe que Lucio la llevaba clara. Allí, en la misma, estaban los que habían dado la orden de asesinato de los dos empresarios vascos. Me daba igual sus negocios, lo que hubieran hecho, pero estaba claro que a esas horas iban a ocurrir muchas cosas más y la noche iba de largo, oscura por el intenso frío, húmedo, apático y no desvelado e interrumpido por el silencio, que seguía su curso y se reflejaba en el sueño de los vecinos, de escasos movimientos a esas horas.

No tenía móvil y acercarme al almacén por detrás era la única posibilidad, pero antes tenía que dar la vuelta al edificio, dejarme caer por un pequeño desnivel de tierra y alcanzar la puerta. Se oían gritos y la intuición me decía que las decisiones habían sido tomadas. Lucio estaba dentro, Paco también, los armadores seguían con sus gritos y los asesinos fuera, al acecho, a la orden de los de dentro. Estaba cantado, alguien se había ido de la lengua y a partir de ahora podían ocurrir muchos acontecimientos no deseados, entre ellos la desaparición de alguien conocido. Empezaron a salir, eran las tres de la madrugada, cada uno por su lado, los coches al final del aparcamiento y las figuras de Paco y Lucio asustadas, pero con el tiempo necesario para acudir a ellos, avisarles y darles a entender el peligro, aunque desconocía los resultados de la “charlita”, pero era el momento de ponerse al día.

—Buenas noches..., por favor, venir por este lado, creo que es lo mejor. Me gustaría que me contarais que ha pasado dentro, si es posible. Tenemos el problema de uno que está al acecho al lado de mi casa, a unos 500 metros de aquí y otro que no sé donde está, así que os ruego que me expliquéis de qué va esto, qué es lo que pasa ... —me miraron sorprendidos.

—¿De qué hablas? ¿Quién está al acecho? —preguntó Lucio.

—¡Dejaros de tonterías! Necesito ahora el nombre del tercer empresario, del hermano, del qué llevaba el negocio con los otros dos y no me digáis que no, que lo van a asesinar, que no os enteráis de nada —absortos, se miraron entre sí y me dieron el nombre: Jaime Goicochea.

—¿Sabéis...?

A apenas escasos metros de donde estábamos se oyeron varios disparos, rápidos, de pistola y provenían de al lado de mi casa, por lo que me fui para allá a la carrera, dejando a Lucio y Paco en su sitio, asustados, preocupados y confundidos. A la llegada, después de haber tropezado varias veces, se veían dos figuras correr en distintas direcciones, nadie en la calle y el cuerpo de un hombre tendido en el suelo, boca arriba, con sangre en los labios y con las manos sobre el pecho. El ruido de los coches se había detenido y las primeras luces de las casas empezaban a aparecer, poco a poco, como si fueran estrellas que van despidiendo luz tras luz y en orden, atentas a la llamada de “algo”.

Las sirenas se empezaban a oír a lo lejos, pisadas en todas las direcciones, caras de sorpresa, Paco y Lucio a unos 200 metros, algunos armadores que venían corriendo y el frío húmedo en el cuerpo. Jaime Goicochea había muerto de dos disparos a bocajarro realizados por dos asesinos a sueldo, mercenarios y ex militares lo más seguro. Y todo por el control de las mujeres, de sus mujeres, de su orgullo varonil y del dinero que se saca de una de las viejas prácticas más utilizadas en la historia de la humanidad: la prostitución. Evidentemente, se sabía que algo de esto iba a ocurrir. Estaba claro. Eran dos hermanos y un socio que de cara al público formaban parte de una estructura sólida, conocida, de personas serias y trabajadoras, pero con la preocupación de ganar dinero, acumular y seguir con negocios de otra índole.



El otro grupo, ambicioso y asentado, lo había logrado y el doble objetivo estaba hecho, cumplido, matar a la cúpula, desaparecer en parte y tomar posesión y poder del negocio entre España y Marruecos.

Después de todo, marché a casa, a descansar. Eran las cinco de la mañana y me apetecía desconectar de las cosas y del lugar. Llamé a mi hijo y le conté lo que había ocurrido. Su primera frase fue determinista: tienes que desaparecer. Curioso, pero era cierto y como testigo siempre necesitas de un tercero que te diga qué es

lo que tienes que hacer en los momentos duros, inciertos, desesperados y escabrosos. Éste era uno de ellos. Marbella había dejado de ser un lugar agradable, dulce y tierno en muchos sentidos y me recordaba a un Madrid leído a través de las novelas de Benito Pérez Galdós, las que sacó a finales del XIX y en las que enunciaba la agresividad de las circunstancias en la capital, el sentir de la gente, el seguimiento de sus *Episodios Nacionales* y la llegada de la muerte para muchos de los iluminados de la época. Era desagradable, incierto, no grato. Apagué la luz de la mesilla. Lejos me quedaba la radio. Contaba con unos años y quería dejarlo todo, que ya había visto vida en bastantes ciudades. Me quedé dormido con la sensación de descubrir un asesinato anunciado, preparado y premeditado y con el gusto por una profesión que me tocó vivir de cerca desde la redacción de noticias: la de detective. De nuevo, creo, dubitativo, me paré a pensar en el día de mañana y cómo iba a agrupar a la gente para hablar de un escándalo. Desde luego, el último para mí.

*Dedicado a Georges Simenon*

**MATÍAS HIERRO SANZ**



**NOTA:**

Matías Hierro Sanz remitió este cuento a *Distribución y Consumo* en febrero de 2005, pero el orden de publicación de relatos en función de la fecha de recepción en la revista le ha impedido verlo publicado, porque falleció en Madrid el 23 de enero de 2006, a la edad de 89 años.



**MERCADO DE ABASTOS DIVINA PASTORA. MARBELLA**

El Mercado de Abastos Divina Pastora está en el barrio del mismo nombre en Marbella (Málaga), uno de los más populares de la ciudad. Las instalaciones actuales del mercado fueron inauguradas en 2002, después de una reforma que ha dejado el espacio comercial en una sola planta con 31 comercios. Es una obra arquitectónica de acero inoxidable situada en la calle Plinius. Además, se ha copiado la cristalería de la iglesia del barrio en una de las paredes del mercado, lo que da vistosidad a las instalaciones.